

El tomo número VI cierra la colección *El Hombre y la Tierra*. 1909 es el año de edición que figura en su portada. Tiene una extensión de 583 páginas y cuenta con 123 fotografías, 41 grabados/dibujos/pinturas, 12 láminas sueltas, 72 mapas/planos, 15 gráficos/esquemas y 235 notas marginales explicativas.

Este tomo finaliza la Historia Moderna iniciada con el volumen anterior, y seis de sus ocho capítulos desarrollan ampliamente las concepciones de Reclus sobre el Estado, la economía, la dicotomía ciencia/religión, la educación y el progreso.

Los contenidos¹ se estructuran con arreglo al siguiente orden:

Libro cuarto: Historia Contemporánea.

Cap. V: Inglaterra y su cortejo.

Cap. VI: El Nuevo Mundo y Oceanía.

Cap. VII: El Estado Moderno.

Cap. VIII: El cultivo y la propiedad.

Cap. IX: La industria y el comercio.

Cap. X: La religión y la ciencia.

Cap. XI: Educación.

Cap. XII: Progreso.

Postfacio

Índice alfabético.

Lista de los mapas.

Índice de los grabados.

Índice de las materias.

Habiendo considerado la nacionalidad como un atavismo reduccionista que debe ser superado en una idea global, denominada por Reclus “Humanidad”, considera nuestro autor que el abandono de las pasiones nacionales es prueba de un pensamiento más evolucionado, más progresivo:

En cuanto á la cuestión delicada de la supremacía intelectual, que también se ha suscitado muchas veces, sería tanto más ocioso discutirla, cuanto que el mundo del pensamiento es precisamente aquel que más se desprende de los lazos de la nacionalidad. Cuando se pertenece mentalmente al número de aquellos cuyas adquisiciones constituyen el patrimonio de la humanidad, poco importa conocer la genealogía especial de tal ó cual continuador de Platón ó de Lao-tse, de Newton o de Laplace, de Lamarck ó de Darwin.²

El capítulo tercero se halla íntegramente dedicado a criticar el concepto de Estado Moderno y un conjunto de instituciones ineludiblemente vinculadas a él: el Gobierno, el Parlamento, la Judicatura, el Ejército, el funcionariado, el clero y la burguesía.

La división que atiende al criterio de la nacionalidad distrae de la auténtica diferenciación en clases o castas que es la auténtica distinción en el interior de los Estados, y entre unos Estados y otros:

Quedaba demostrado para lo sucesivo que Europa es en su conjunto una especie de república de Estados, unidos por la

¹ RECLUS, Eliseo: *El Hombre y la Tierra. Historia Contemporánea*. Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, 1909, vol. VI, índice.

² *Ibidem*, p. 122.

solidaridad de clase. La casta financiera que reina desde Moscoy [sic] á Liverpool había hecho obrar á los gobiernos y los ejércitos con una disciplina perfecta.³

La génesis de los Estados es situada por Reclus en una compleja y entretrejida combinación de ambiciones. Califica al principio de autoridad como el derecho de mandar con razón o sin ella⁴, y enfrenta a éste en lucha dialéctica con la libertad.

Identifica a la estructura de la familia como el embrión de la organización del Estado, relativizando el carácter de unidad elemental de la sociedad que se atribuye a la institución familiar:

Porque dos hombres que se encuentran y traban amistad, una banda que se forma para la caza ó para la pesca, comprendiendo en ella hasta los animales, un concierto de voces ó de instrumentos que se asocian al unísono y unos pensamientos que se realizan en acciones comunes constituyen igualmente grupos iniciales en la gran sociedad mundial.⁵

La Ley es para Reclus únicamente la salvaguarda escrita de los intereses de las clases dirigentes, y la Judicatura un grupo corporativo de privilegiados:

Aunque emanada directamente del Estado, la magistratura constituye un segundo clero, á la vez por la solidaridad de sus miembros, el orgullo de su actitud y el carácter sobrenatural que le place darse. Esa casta no representa á Dios sobre la tierra, pero personifica la Ley, que es también una divinidad (...).⁶

Ejército y funcionarios constituyen un cáncer que traba y corroe el dinamismo de la sociedad. La democracia es una fórmula de participación multitudinaria en las prerrogativas del poder, y digiere en su seno a aquéllos que detuvieron su lucha, sacrificando las pretensiones revolucionarias a los beneficios de una recién adquirida posición social:

Convertidos en legatarios, los antiguos rebeldes quedan en parte satisfechos, entran en los grupos de los “amigos del orden”, y la reacción readquiere el dominio, hasta que otros revolucionarios no ligados por fórmulas, ayudados por los errores ó las locuras gubernamentales, llegan á abrir otra brecha en las construcciones antiguas.⁷

No cuestiona solamente uno u otro modelo de Estado, sus poderes o los órganos a través de los cuales se vertebra; la crítica de Reclus remite a las consideraciones que hace Herbert Spencer acerca del carácter perverso de toda institución:

En cuanto se funda una institución, aunque sea para combatir enormes abusos, crea otros nuevos para su existencia misma: es preciso que se adapte al mal medio y que, para funcionar, funcione en modo patológico. Los creadores de la institución obedecían á un noble

³ Ibidem, p. 182.

⁴ Ibidem, p. 185.

⁵ Ibidem, pp. 184-185.

⁶ Ibidem, pp. 208-209.

⁷ Ibidem, p. 202.

ideal, los empleados que nombran han de cuidar ante todo de sus emolumentos y de la duración de su empleo.⁸

La alternativa a la fragmentación política en Estados nacionales es construida sobre la autonomía de cada individuo humano, y sobre su capacidad de asociarse por medio de pactos libremente constituidos:

Otro modo de evolución general, el de la acción directa por la voluntad libremente expresada de los hombres que se asocian para una obra determinada, sin preocupación de fronteras entre las clases y los países (...) y los antiguos súbditos, convertidos en asociados, se agrupan con toda independencia, conforme a sus afinidades personales, a sus relaciones con el clima que les baña y el suelo que les sostiene y aprenden a prescindir de los andadores que tan mal les guían, dirigidos por hombres degenerados y locos.⁹

Recogemos, para finalizar el capítulo dedicado al Estado Moderno, dos de las múltiples muestras de erudición que nos proporciona el libro:

[Reclus está hablando acerca de la legislación de Estados Unidos de América a finales del siglo XIX] El no-cristiano es todavía un réprobo para el Código, y contra él se señalan las penas más severas. En el Estado del Maine, el hombre “que blasfema el nombre de Dios, por negación, maldición, desprecio, irrisión ú ofensa cualquiera, el que niega la creación, la Providencia, el juicio final, Jesucristo, el Espíritu Santo ó las Santas Escrituras” será castigado con prisión que no exceda de dos años ó una multa que no pase de 200 dollars. Penas análogas se señalan en los Códigos de los Estados de Nueva Inglaterra, y hasta en los Estados del Sud, como Arkansas, Georgia y Mississipi, los ateos son exluídos oficialmente de todos los empleos y del derecho de ser testigos en juicio.¹⁰

En este otro ejemplo, la mordacidad crítica adopta el vehículo del humor para hacer más explícitos sus efectos:

A propósito de los crímenes que se produjeron en diversas ocasiones en los ejércitos coloniales y que causaron en el mundo una sensación de horror universal, se emitió la idea de que la influencia del sol tropical sería causa de una enfermedad especial, la “sudánitis”, que se manifestaría especialmente en los oficiales y les haría cometer actos abominables y sin causa aparente. Esta invención de una enfermedad particular á los militares graduados, que presenta la gran ventaja de ser premiados por los consejos de guerra, y parcialmente también por la opinión pública, recuerda el descubrimiento hecho para el robo en los almacenes de novedades, cuando es cometido por grandes damas que no tienen necesidad de los objetos que se llevan: es entonces un simple caso de kleptomanía, que corresponde, no á los tribunales, sino á la medicina.¹¹

El capítulo VIII del libro está dedicado a la propiedad y al cultivo de la tierra. Reclus describe la evolución de la propiedad desde un régimen comunal que derivó en

⁸ Ibidem, p. 202.

⁹ Ibidem, p. 233.

¹⁰ Ibidem, pp. 124-125.

¹¹ Ibidem, p. 216.

repartos periódicos hasta desembocar en la propiedad privada que hoy tiene carácter hegemónico.

Sin explicar detenidamente los cálculos realizados, el autor sienta el postulado siguiente:

Tomando la situación agrícola tal cual es actualmente, se puede afirmar que la tierra produce lo suficiente para todo el mundo y que cada uno puede comer hasta saciarse.¹²

Formulada la cuestión alimentaria en estos términos, el único problema reside en encontrar el modo de establecer una eficaz organización, explotación y distribución de los recursos. Este asunto, de la óptima distribución del cultivo y los alimentos, también queda esbozado con generales pinceladas sin concreción alguna:

Lo primero que debería hacerse es introducir el orden y la seguridad en la distribución, consistente en expedir y en repartir los diversos productos, harinas, legumbres y frutas con tanto método como se remite á cada uno por la mañana las cartas y los diarios.¹³

Dedicado el capítulo IX a la industria y al comercio, la crítica del autor se dirige a poner en evidencia algunos de los efectos económicos del capitalismo: la profundización de la brecha entre ricos y pobres durante la segunda mitad del siglo XIX y el encadenamiento del obrero al régimen del salario:

La industria sigue siendo comprendida como una lucha de intereses entre el capitalista, que anticipa los fondos necesarios al trabajo para guardarse el mayor beneficio posible, y el obrero, que viene humildemente á ofrecer sus brazos y pedir un salario en cambio, en lugar de una parte en los beneficios del trabajo como parecería natural.¹⁴

Otros efectos denunciados son la sobreproducción en medio de las carencias generalizadas o la dinámica diabólica de las relaciones comerciales, que hace del enfrentamiento de intereses y del engaño la seña de identidad de los contratos y las obligaciones:

El vendedor y el comprador tienen necesidad uno de otro y, sin embargo, son enemigos natos; hasta les sería imposible no odiarse entre sí, porque tratan de engañarse mutuamente.

La esencia del comercio fue siempre el fraude (...).¹⁵

La protesta alcanza, así mismo, a las nocivas consecuencias producidas a quienes padecen los efectos de los monopolios, de los gravámenes arancelarios o del impuesto municipal de consumos:

Los verdaderos “cortadores de caminos” no han sido los Bárbaros, sino los Franceses. Para citar hechos precisos, el azúcar, el café y las especias, que son los géneros pedidos al Sahara, están

¹² *Ibidem*, p. 312.

¹³ *Ibidem*, p. 321.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 348-349.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 356-357.

cargados de un derecho siete veces superior en la frontera argelina que en las de Trípoli.¹⁶

La opción económica de Reclus se formula con alusiones genéricas, explicaciones difusas, y se resume en un deseo vehemente de alcanzar la libertad en la producción y la ecuanimidad en la distribución de los productos:

Todo está en vías de componer un cosmos armonioso en que cada célula tendrá su individualidad, su libre trabajo personal, y en que todos engranarán mutuamente, siendo cada uno necesario á la obra de todos. El mecanismo funcionaría si, por una supervivencia todavía soberana, no se creyera cada uno obligado á tener á mano un signo representativo de su derecho al consumo, es decir, la pieza de plata, el disco de metal. Comprar y vender son todavía las contraseñas de los que entran en la vida, pero indicios precursores indican ya que estas palabras serán un día abolidas, La Producción libre y la Distribución equitativa para todos, tal es la resolución que exigimos al porvenir.¹⁷

El capítulo X está dedicado a la religión y la ciencia. La primera es para Reclus un vestigio de otros tiempos, una fase evolutiva superada -se diría en la terminología de Comte-. Prácticas supersticiosas y absurdas que ilustra con ejemplos de los que entresacamos uno:

El budhismo es seguramente la religión que nos ofrece los extremos más notables: de un lado almas puras todo bondad, del otro seres estúpidos, embrutecidos, que no oyen más que el rumor de su molino de oraciones.¹⁸

Su anticlericalismo beligerante y el ataque a la Iglesia Católica se muestra, en ocasiones, como una descalificación maniqueísta:

No es el “clericalismo” el enemigo, es la Iglesia. Hasta por definición, la Iglesia es el gran agente del mal, ya que exige que se obedezca á fuerzas desconocidas, á las tinieblas primitivas; después de haber proclamado el misterio de los orígenes y de los fines, interpreta ese misterio en interés del clero al que Dios le ha confiado.¹⁹

El capítulo XI del libro se halla monográficamente dedicado al análisis del hecho educativo, la génesis de la instrucción entre los humanos, la valoración crítica de los sistemas educativos a comienzos del siglo XX y las propuestas del propio autor.

La presencia de actividad educativa es constatable en multitud de especies animales. En los primitivos humanos la “escuela” quedaba ubicada entre los pliegues de los quehaceres cotidianos:

Los niños permanecen cerca de los padres, de quienes imitan el lenguaje, los ademanes y las acciones, haciéndose hombres sobre el modelo del padre, mujeres sobre el de la madre, pero siempre en plena

¹⁶ *Ibidem*, pp. 367-368.

¹⁷ *Ibidem*, p. 395.

¹⁸ *Ibidem*, p. 419.

¹⁹ *Ibidem*, p. 429.

naturaleza, en el mismo círculo de trabajo que habrán de ocupar cuando los viejos ya no existan.²⁰

Entre las rémoras y los vicios que la escuela ha recogido a lo largo de los siglos se denuncia el carácter infalible del profesor, la obediencia como valor supremo y las taras religiosas, moralizantes y patrióticas presentes en los libros de texto. Los centros escolares son calificados, en su mayoría, de “rutinarios y hasta reaccionarios”²¹.

La crítica de Reclus subraya los estrechos horizontes de la escuela contemporánea:

La mayor parte de la enseñanza se hace hoy día con la mira del examen, y no puede ser de otro modo, puesto que del examen dependen las plazas, las posiciones oficiales y sociales. (...) la ciencia sirve de pretexto para la obtención de una estampilla oficial; el estudiante, una vez obtenido el diploma, liberado repentinamente de un trabajo que odiaba, se cree con derecho a la pereza.²²

Los rasgos definitorios de la concepción escolar reclusiana salpican las páginas del capítulo: la educación persigue la preparación del niño para la “ayuda mutua”; el acto educativo es entendido como una relación cooperativa entre el alumno y el profesor; la tarea del maestro consiste en guiar al niño “a desarrollarse conforme a la lógica de su naturaleza”²³, desterrando para este cometido el uso de la amenaza o el terror. Se requiere que el maestro ejerza su oficio integrando las figuras de padre y hermano y consiguiendo un clima familiar para el grupo de clase. La persistencia en la actividad por parte del alumno ha de sostenerse mediante la motivación (aquí denominada pasión).

La escuela ha de estar ubicada en plena Naturaleza:

La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre, no puede tener franco desarrollo sino en la Naturaleza. Lo que en nuestros días es considerado en las escuelas como fiestas excepcionales, paseos, carreras en los campos, en los eriales y los bosques, en las orillas de los ríos y en las playas, debería ser la regla general. Porque únicamente al aire libre se hace conocimiento con la planta, con el animal, con el trabajador y se aprende á observarles, á formarse una idea precisa y coherente del mundo exterior.²⁴

La belleza es también una consideración pedagógica de relevancia metodológica:

La impresión de la belleza precede al sentido de la clasificación y del orden: viene antes que la ciencia.²⁵

En un marco de coeducación, los aprendizajes escolares están presididos por la adquisición de “claridades de todo”:

Ya que es imposible saberlo todo, al menos cada uno aprenda lo que le conviene, y que aprenda con método, en sus relaciones con los conocimientos inmediatos y derivados.²⁶

²⁰ *Ibidem*, pp. 443-444.

²¹ *Ibidem*, p. 450.

²² *Ibidem*, pp. 459-460.

²³ *Ibidem*, p. 447.

²⁴ *Ibidem*, p. 452.

²⁵ *Ibidem*, p. 486.

Estos aprendizajes requieren la organización de materias escolares relevantes, y un elenco de actividades acordes con los objetivos de la concepción expuesta:

Trabajos útiles en plena Naturaleza, que contienen los rudimentos de los oficios que practicaron los primitivos y se desarrollaron después en una industria poderosa, las obras de arquitectura, de escultura y de dibujo, que tanto agradan á la generalidad de los niños y á las que se refieren el arte de la escritura y de la lectura; por último, el canto, la danza, la mímica, las bellas actitudes rítmicas, tal es el conjunto de las ocupaciones que deben preparar al niño á la serie de los estudios ulteriores destinados a hacer de él un hombre. Añádase a lo que se puede aprender de matemáticas trazando figuras sobre la arena, porque la geometría y el álgebra son admirables medios para dar una forma lógica al pensamiento y á sus expresiones: el que aprende a medir las dimensiones se instruye también en el arte de encadenar sus razonamientos y de regular sus palabras. En cuanto á los estudios especiales que vendrán en los años de la adolescencia, variarán según los individuos, porque conviene que la enseñanza se adapte á cada naturaleza particular y la dirija en conformidad á su vocación personal.²⁷

Otras consideraciones vinculadas a la educación son de carácter higienista y también objeto de denuncia por el escritor francés: la moda y los vestidos, los estragos del alcohol, los daños del tabaco, la lacra de la prostitución y las enfermedades correlacionadas con la desigualdad social:

La causa económica de la riqueza y de la miseria coincide exactamente con la de la vida y la muerte.²⁸

Señala, finalmente, el importante papel formador de la prensa escrita y la trascendencia de un vehículo de comunicación común: el esperanto.

El individuo es, también en el ámbito educativo -como en el social y en el político-, la unidad fundamental y en él hace recaer el éxito o el fracaso de la educación:

En el esfuerzo libre de cada individuo está todo el problema de la enseñanza.²⁹

El último capítulo de la obra está dedicado al Progreso. Otorga a la idea de progreso el significado que le atribuyó el historiador británico Gibbon en el siglo XVIII:

“Desde el principio del mundo, cada siglo ha aumentado y aumenta aún la riqueza real, la felicidad, la ciencia y quizá la virtud de la especie humana”.³⁰

La superioridad de las civilizaciones modernas sobre las primitivas se debe, a criterio de nuestro autor, únicamente a su mayor grado de multiplicidad, de diversidad, de sofisticación:

²⁶ *Ibidem*, pp. 453-454.

²⁷ *Ibidem*, pp. 452-453.

²⁸ *Ibidem*, p. 479.

²⁹ *Ibidem*, p. 440.

³⁰ *Ibidem*, p. 508.

Es, pues, tan sólo por la mayor complejidad de los elementos que entran en su formación por lo que la sociedad moderna puede reivindicar una superioridad particular sobre las sociedades que le han precedido; es más amplia, se ha constituido en un organismo más heterogéneo por la asimilación sucesiva de los organismos yuxtapuestos. Mas, por otra parte, esta vasta sociedad tiende á simplificarse; procura realizar la unidad humana haciéndose gradualmente depositaria de todas las adquisiciones del trabajo y del pensamiento en todos los países y en todas las edades.³¹

Pese a que se hace eco del auge del nacionalismo en la sociedad de su tiempo, de la creación de nuevos Estados y de la multiplicación de las fronteras, opta por vaticinar un progreso que determinará la precipitación de todas las realidades políticas fragmentarias en una única y abstracta patria común: la Humanidad:

En realidad, todas las naciones, incluso las que se tienen por enemigas, constituyen, á pesar de sus jefes y de las supervivencias de odios, una sola nación cuyos progresos locales reaccionan sobre el conjunto y constituyen un progreso general. (...) Á esa nación nueva, compuesta de individuos libres, independientes los uno de los otros, pero tanto más amantes y solidarios; á esa humanidad en formación hay que dirigirse para la propaganda de todas las ideas que parecen justas y renovadoras.³²

Confía, finalmente, en que la enorme distancia que se agranda hasta el momento entre privilegiados y parias pueda ser reducida con ayuda de la ciencia:

Ese contraste horrible, el azote más grave de la sociedad contemporánea, es de aquellos que el método científico, en la repartición de los bienes de la tierra, corregiría rápidamente, puesto que los recursos necesarios á todos los hombres, no nos cansaremos de repetirlo, están en sobreabundancia.³³

La felicidad es, para Reclus, el destino hacia el que transita el progreso.

El Postfacio que cierra el libro, firmado por Paul Reclus en Bruselas el 15 de septiembre de 1908, hace algunas consideraciones acerca de las vicisitudes de los manuscritos originales y de las ilustraciones de esta obra.³⁴

³¹ *Ibidem*, p. 525.

³² *Ibidem*, p. 528.

³³ *Ibidem*, p. 539.

³⁴ *Ibidem*, pp. 381-382.